

CONVENTO DE SANTIAGO TLALTELOLCO.

Estamos frente á uno de los monumentos mas notables de la capital, las paredes ennegrecidas, las grietas abiertas al través de los muros, la desigualdad y forma de las torres, la arquitectura exterior del edificio, todo anuncia que hay allí antigüedad y que se reflejan en aquel sitio tradiciones que embelesan la imaginación y narraciones históricas que ilustran el entendimiento.

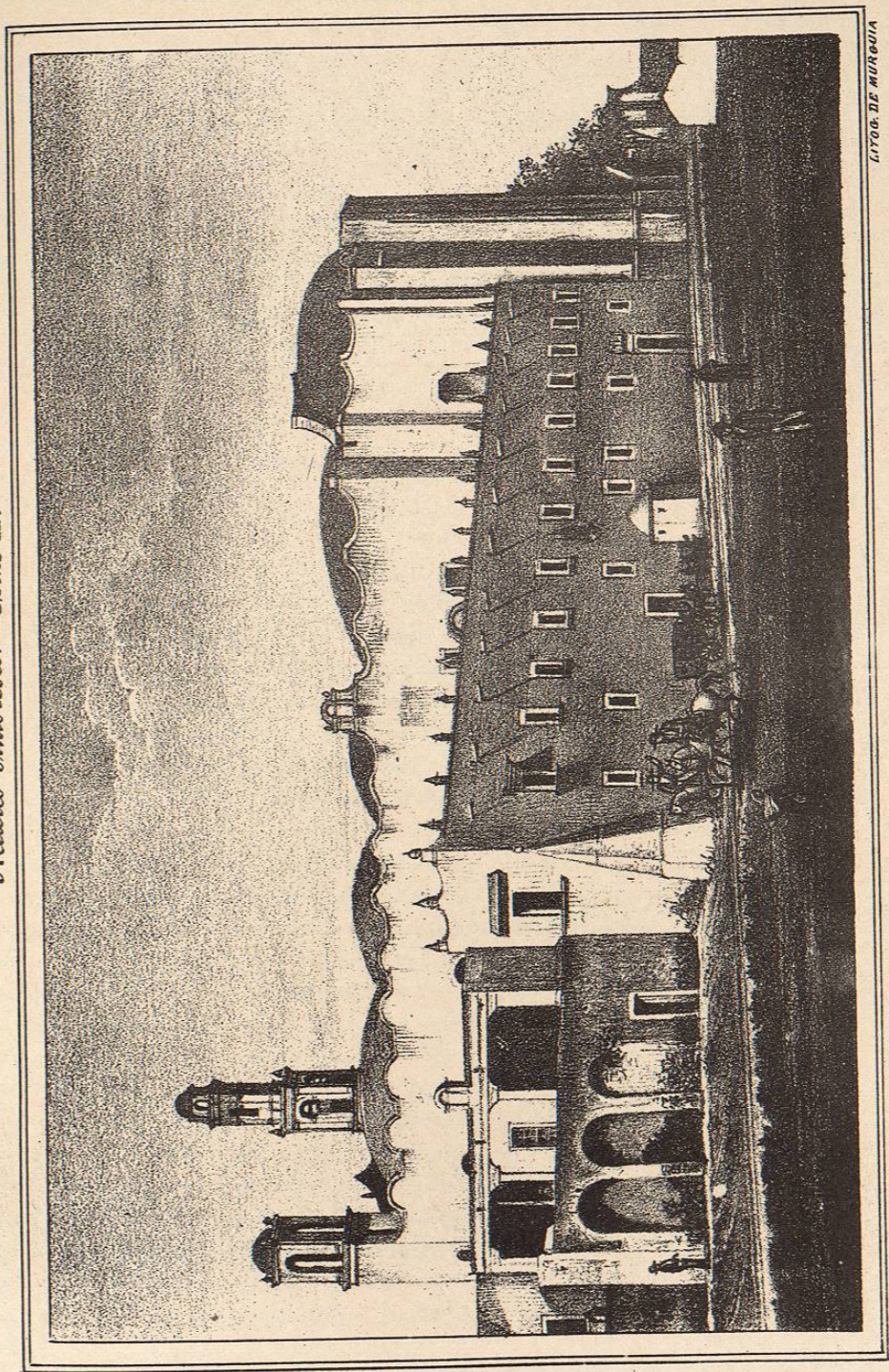
Cuando en medio de las anchas plazuelas que rodean el vetusto edificio, interrogamos el pasado; cuando al ver su fachada nos preguntamos por los afanosos obreros que allí comenzaron á esparcir la ilustración en Nueva-España, y por los heroicos indígenas que en el mismo sitio sucumbieron más bien bajo el peso del destino providencial que bajo el de las armas castellanas, ninguna respuesta nos da el polvo de los siglos depositado sobre aquella basta mole. Es preciso removerlo, indagar y examinar: de allí pueden tomarse elementos para enriquecer nuestra historia, la poesía y las artes que sobreviven á los acontecimientos y dan señales de vida aun entre las mismas ruinas; en aquel sitio se levantaron monumentos de la sociedad nueva sobre las ruinas de la pagana; en la pesada arquitectura y en las escavaciones que por allí se pueden hacer, se podrian estudiar los progresos y la decadencia de algunas artes é investigar en lo incierto, oscuro y misterioso envuelto en los siglos, las modificaciones venidas con el trascurso del tiempo. En las paredes de aquel edificio se proyectan épocas de gloria, de esclavitud, de entusiasmo ó desesperación; épocas vigorizadas por la pasión y muy distantes de las actuales en que el frio materialismo parece mantenernos inactivos.

En el sitio en que ahora está el barrio de Santiago Tlalteolco estuvo el reino de los tlaltelolcas, mas belicosos que los mexicanos, y hay autores, como Gomara, que aseguran haber sido poblado aquel barrio ántes que México. La division entre esos dos pueblos fué con motivo de haberse repartido los indígenas en cuatro parcialidades y habiendo quedado agraviados los viejos en esta repartición, por no haberles dado las dignidades que querian, se disgustaron y segregaron; de aquí la formación de dos pueblos que estuvieron en constante antagonismo.

En el principio no se llamó el sitio Tlalteolco, que quiere decir monton de tierra echada á mano, ó terraplen, sino *Xaltitlulco*, esto es, *monton de arena*, sobre el cual fué levantada la horca que los conquistadores ponian en los mercados. Pero los tlaltelolcas y los tenochcas ó mexicanos, formaban una ciudad entera que á la llegada de los españoles tenia ciento veinte mil casas. Su primer rey se llamó *Quaquahpitzahuac*, emparentado con los tepanecas.

Los mexicanos y los tlaltelolcas tuvieron frecuentes combates, entre otros aquel en que murió el rey Moquihuíx, muy aborrecido por su tiranía y disolución. Los tlaltelolcas tenían un templo principal dedicado á Huitzilopochtli; el mercado era

México Pintoresco. — Tomo II.



Prisión militar en el ex-convento y antiguo colegio de Santiago Tlalteolco.

mucho mayor que el de México y se consideraba general. Con la muerte del rey Moquihuíx terminó el reinado de Tlaltelolco, que siguió gobernándose por autoridades que nombraban los reyes mexicanos, aunque siempre sacadas entre individuos del mismo pueblo tributario del mexicano.

Tlaltelolco fué el postrer baluarte en que los mexicanos defendieron su independencia. Su último cacique Itzquauhtzin, muerto á mano de los conquistadores, fué conducido en una canoa al lugar en que hoy está el edificio de Santiago, y en el gran templo le hicieron los honores: quemado su cuerpo guardaron las cenizas; aunque enemigos de los mexicanos los recibieron los tlaltelolcas benevolamente en el tremendo día de la desgracia, cuando ya los españoles poseían las tres cuartas partes de la ciudad; unidos los indígenas resistieron á los conquistadores y el sitio de Tlaltelolco duró noventa días.

*

El convento de Santiago Tlaltelolco, situado al Norte de la ciudad de México, fué levantado en aquel sitio en que existió una poblacion considerable, famosa por el mercado y la animacion de su plaza principal en los días de la conquista; allí se presentaban multitud de bellos trabajos artísticos admirados por los españoles, principalmente de platería que eran exquisitos, segun el parecer de Bernal Diaz; ese ex-convento, cuyas grandiosas ruinas sirven aun de prision militar, encierra recuerdos y enseñanzas que no deben olvidarse.

Los franciscanos procuraron establecerse en aquel centro de poblacion, y consta que en 1529 ya tenían ahí algunas celdas en que habitaban cierto número de religiosos y una iglesia pequeña. Ocho años despues, á solicitud del Padre fray García de Cisneros y con la proteccion del primer virey D. Antonio de Mendoza, se fundó en el mismo lugar el colegio de Santa Cruz para niños indios, trayendo dos ó tres de cada pueblo hasta completar el número de cien.

Para instalarse hubo procesion que salió del convento grande de San Francisco, concurriendo á ella el citado virey, protector del establecimiento, el Arzobispo de México, el Obispo de Santo Domingo, el Ayuntamiento y multitud de personas notables de la ciudad. En la iglesia predicó fray Alonso de Herrera y en una sala del colegio pronunció el discurso inaugural fray Pedro Rivera.

Las primeras clases establecidas fueron de gramática, lógica, filosofía y música, dirigidas por cuatro catedráticos, de los cuales el Padre Bassac era francés de nacimiento, poseyó perfectamente el idioma mexicano en el que escribió un año cristiano y estuvo dedicado á la administracion de los pueblos de Cuautitlan, Tlazuya, Zumpango y Tulancingo, donde murió. El Padre Olmos, otro de los maestros del colegio de Santa Cruz, vino al nuevo continente en union del Sr. Zumárraga, y aprendió el mexicano, mixteco, huasteco y totonaco; cuarenta y siete años estuvo dedicado á la conversion de los chichimecas é hizo dos viajes á pié á Tampico, donde murió el 8 de Octubre de 1571. El Padre Gaona, de gran capacidad, tuvo la

honra de ser nombrado por la provincia de Burgos entre los que hacían sus estudios en París; en España enseñó Teología y renunció el cargo de provincial para venir á ser maestro en Tlaltelolco. Fray Bernardino de Sahagún, muerto en Octubre de 1590, de más de noventa años de edad, tan distinguido por sus trabajos sobre historia antigua de México, fué un modelo en su dedicación por instruir á los jóvenes mexicanos en el colegio de Tlaltelolco, que tomó el nombre de Imperial por la protección que le dió Carlos V, quien le asignó mil ducados después que le manifestaron los inconvenientes que había para que algunos niños mexicanos fueran remitidos á España para educarlos. Los alumnos usaban manto azul con beca blanca, y el águila austrica bordada sobre el pecho.

Fray Juan Bautista no limitó los estudios á las materias enseñadas primitivamente, sino que arregló los trabajos ya practicados para aprender y enseñar los idiomas del país, auxiliándolo eficazmente en esta tarea dos insignes indígenas: D. Antonio Valeriano, natural de Atzacapozalco, descendiente de Moctezuma y D. Diego Adriano, de una familia noble de Tlaltelolco; éste, que poseía perfectamente los idiomas latino y castellano, se dedicó al arte tipográfico y tradujo é imprimió muchos tratados que en varios idiomas y sobre diversas materias se publicaron en aquella época, siendo notable el Kempis, traducido por fray Bautista al idioma mexicano.

El barrio de Santiago Tlaltelolco comenzó á arruinarse desde la inundación acaecida en 1604, por la que muchos habitantes abandonaron sus moradas; aumentó esa circunstancia el decaimiento del colegio al que ya le faltaban las rentas primitivas; pero la actividad y decisión de fray Juan de la Torre, Obispo de Nicaragua y comisario general de los franciscanos, detuvo la ruina del colegio restaurándolo ventajosamente bajo la advocación de San Buenaventura y San Juan Capistrano; para este fin solicitó de limosna cincuenta mil pesos que invirtió en la construcción de celdas, claustros, librería y refectorio, quedando un edificio sumamente fuerte y muy bien asegurado, al grado que el Padre Betancourt lo considera como una cárcel.

Para el sustento de los estudiantes dió D. Pedro Soto López cincuenta y ocho mil pesos impuestos sobre fincas, y dispuso que vinieran algunos religiosos de las provincias de Guadalajara, Florida y Zacatecas, además de los de México. Las becas para los indígenas fueron establecidas por el Padre fray Fernando Alonso Gonzalez, quien obtuvo que los cursos literarios de este colegio valieran para graduarse en la Universidad, suceso que levantó en gran manera la nombradía del establecimiento; el mismo fray Alonso proyectó la conducción del agua desde la fuente distribuidora de la Mariscala hasta la plaza y convento de Tlaltelolco, obra que concluyó en 1688 fray José de Ayala. Tanto empeño y dedicación hicieron subir el colegio á una grandeza inesperada y todavía á principios de este siglo produjo alumnos que lo honraron en la judicatura y en los empleos civiles, en las catedrales y en los congresos; el Sr. Gómez Pedraza, D. Isidoro Olvera, el Señor canónigo Zedillo y otros muchos comprueban que fué muy provechoso aquel

establecimiento para el desarrollo de las inteligencias, y el progreso de la ilustración. Pero la pobreza que redujo á once el número de estudiantes, hizo que fuera de poca duración el resucitado colegio de Santa Cruz. Algunos franciscanos, que tenían grandes simpatías por el establecimiento, hicieron repetidos esfuerzos para sacarlo del abatimiento y miseria en que yacía y particularmente en 1785 redoblaron sus trabajos; mas nada fué bastante para contener la obra del tiempo: las inundaciones, las pestes que despoblaron el Norte y Noreste de la ciudad, la falta de agua potable y la escasez de recursos, todo este conjunto de circunstancias contribuyó al abandono y ruina del colegio, que el año de 1811 había concluido enteramente.

El colegio de Santiago Tlaltelolco no fué morada preferida por los religiosos y la parte que no habitaban fué destinada á diversos usos, mas ó menos profanos ú opuestos al objeto de la casa: hoy es cuartel, prisión militar y política, presidio y ha pasado por transformaciones que acusan la volubilidad de las obras humanas. El edificio conserva su aspecto severo é imponente, los muros están muy reforzados, al grado que parece que se intentó construir un edificio perdurable; aparece entre extensas plazuelas con magestuoso aislamiento, sin mas compañía que algunos árboles del Perú agobiados por el peso de los siglos.

Iglesia de Santiago Tlaltelolco.

La iglesia que ahora está en pié, fué proyectada por el Padre fray Juan Bautista, y dirigió la obra su discípulo fray Juan de Torquemada, uno de los eruditos historiadores de México.

El templo, dedicado en 1609, es uno de los más espaciosos de la capital; mide setenta y cinco varas de largo por diez y nueve de ancho; cae la puerta principal hácia el Poniente y otra al lado que vé al Norte, con un vasto cementerio que ahora está convertido en ladrillera; tiene dos esbeltas torres, pero una se ha quedado sin concluir; al átrio se entraba por tres puertas con arcos, ahora ya casi destruidos y todo el recinto está aun rodeado de las tapias con los arcos invertidos, que caracterizaban las construcciones de los franciscanos. En un átrio improvisado en la invasión del cólera, en 1833, fueron enterrados muchos cadáveres. El interior del templo es sombrío, pues no tiene cúpula para recibir la luz, falta tanto más sensible cuanto que no permite admirar las muy bellas esculturas de barro cocido que adornan las pechinas, obras de los indígenas representando á los cuatro evangelistas sobre un ángel, un toro, un león y una águila, en actitud de volar. El retablo principal está formado de columnas doradas, de varios órdenes, entre las cuales hay diversas pinturas, representando pasajes de la vida de Jesús y de María, de San Francisco y Santiago; aun quedan muchas estatuas de varios santos, de madera, de colores brillantísimos á pesar de los años y el abandono. Hay en el cuerpo de

la iglesia otros varios altares, entre ellos uno dedicado á San Antonio de Padua. Esa iglesia está casi abandonada, solamente se abre un rato los domingos; conserva varios retratos en la sacristía.

La fachada principal de la iglesia, que da al Poniente, tiene una portada sencilla y de buen gusto, el cornisamento del primer cuerpo descansa sobre cuatro pilas-tras dóricas, dos á cada lado de la puerta, y en los intercolumnios hay nichos para estátuas; apóyase el segundo en otras tantas pilastras jónicas y el del tercero en corintias, rematando este cuerpo en un fróntis semicircular de pésimo gusto, defecto que se evitó en la entrada lateral de la iglesia.

El Córpus en Santiago Tlaltelolco.

La dificultad de trazar cuadros de nuestras costumbres es reconocida, dimanando de que en rigor no las tenemos, exceptuando á los indígenas, entre los cuales á pesar de los tres siglos de vasallaje, aun subsisten algunas de las primitivas y se conservan ciertas tradiciones. Siendo los cuadros de costumbres relaciones fieles de las escenas que diariamente pasan á nuestra vista, de hechos que no se prestan á la meditacion, el camino no es muy llano y la dificultad principal consiste en detallar minuciosidades sin fastidiar y dar á cada hecho el colorido que le corresponde.

El Córpus de Santiago Tlaltelolco, fué una de las festividades mas antiguas y de mayor nombradía. Llenábase la extensa plaza con multitud de coches y caballos que obstruían las avenidas; procuraban colocarse los curiosos en el sitio mas favorable, quedando las señoras dentro de sus carruajes: las mugeres de la clase pobre se presentaban con el traje de poblanas y era enorme la afluencia de indígenas y la multitud de caballos á cual mas hermoso y mejor enjaezado; veíanse charros costosamente vestidos, viniendo hacendados y administradores aun de largas distancias para ostentar la gallardía de sus cabalgaduras. Multitud de cohetes poblaban el aire, las campanas repicaban con estruendo y sobresalía en la procesion Santiago sobre un caballo blanco matando moros. La iglesia era adornada con arcos y rosarios de flores, costumbre muy seguida entre los indígenas en aquella festividad, á la que daba mayor realce la presencia del virey ó de la municipalidad en la casa de gobierno, y en la plaza habia mil puestos de tunas, granadas, naranjas, nueces, peras y duraznos; amenizaban la fiesta las danzas de indios cubiertos de plumas y con sonajas en una mano y en la otra una especie de mitra de plumas de colores que en idioma mexicano se llama *ayacastle*. Mucho calor, mucho polvo, el *castillo* y los cohetes, el mole, el pulque, las enchiladas y la fruta; hé aquí el conjunto de aquella festividad, en que siempre habia sangrientas riñas, pero que cada año era recibida con entusiasmo y júbilo por el público mexicano, para quien la procesion del Córpus de Santiago fué siempre un suceso deseado.

*

Las ruinas de que está sembrado el suelo de aquel barrio, dan un nuevo ejemplo de la mutabilidad de las obras humanas; los edificios que compitieron en belleza con los de la renombrada Tenochtitlan, son ahora escombros ó en su lugar aparecen miserables chozas, paredes derrumbadas y tápias de color gris, en cuyas puertas suelen aparecer rostros lívidos en que se retrata el hambre ó harapos en que se refleja la miseria.

Tlaltelolco, el barrio ilustre en otro tiempo, el rival de Tenochtitlan en esplendor y gloria, decayó por la falta de agua potable suficiente para cubrir las necesidades del vecindario; hoy se va mejorando con la fácil apertura de pozos artesianos; se dibujan hileras de árboles que adornan las orillas de las acequias: los fresnos y sauces sombrean los patios. Por aquel barrio penetra el camino de fierro de Veracruz y allí está la estacion de carga del de Toluca, está el hipódromo y á un lado se perciben las quince columnas ó ermitas pintadas de blanco, señalando la calzada por donde, rezando las estaciones, iban los peregrinos á visitar á la Virgen de Guadalupe, á pié desde México hasta el Santuario.

Á un lado de Tlaltelolco están las garitas de Vallejo y Peralvillo y frente al ex-convento, el Tecpam, plantel de educacion que para la niñez desvalida sostiene el gobierno. El ex-convento aparece descollando entre casas edificadas posteriormente y que, aunque son extensas, no le quitan el agradable efecto que produce, ni pueden disminuir la belleza y el atractivo que tiene el edificio de Tlaltelolco, por el caudal de memorias que atesora, y el prestigio que en la mente ejercen los recuerdos del sitio y del monumento, vasto cementerio de grandezas y de sucesos engendrados por los siglos.

EL TECPAM DE SANTIAGO.¹

Cuando los conquistadores señalaron la *traza* de la ciudad, que debia formarse en la antigua Tenochtitlan, los terrenos que quedaron fuera de dicha traza fueron consignados á las parcialidades de indígenas que tuvieron dos juzgados ó tribunales, uno en Santiago Tlaltelolco y el otro en San Juan Tenoxtitlan: ventilábanse en ambos todos los negocios relativos á las jurisdicciones respectivas, segun la parcialidad á que pertenecian los reos.

El edificio del Tecpam de Santiago, fué el en que eran juzgados los litigios que pertenecian á la parcialidad de Tlaltelolco, edificio que despues de extinguidas las parcialidades, fué destinado á un objeto altamente útil, con el benéfico fin de separar á los jóvenes que necesitan correccion, de los criminales consumados, sepa-

(1.) Tecpam significa en el idioma mexicano: lugar donde se hace justicia, y tambien casa real.